

El pueblo de Zempoala saludó aquella amistad pactada entre su soberano y el jefe de los españoles.

Hicieron grandes demostraciones de júbilo.

Hubo danzas.

Las doncellas cantaban arcitos en los que recordaban sus glorias pasadas.

Los españoles fueron considerados por los indios como los ángeles vengadores de las injusticias, de las tiranías que pesaban sobre ellos desde que había subido al trono Moctezuma.

CAPITULO LIIII.

Quiabislan.



o estaban entre tanto ociosos Teutila y Pilpatoe.

El primero, indignado al oír las palabras que pronunció Hernan Cortés en su presencia, le volvió la espalda, como recuerdan nuestros lectores, y se apresuró a dar cuenta á su amigo del resultado fatal de aquella entrevista.

—No hay remedio, le dijo; la avenencia es imposible entre nosotros.

Ha llegado la hora de luchar.

Lo que conviene es prepararnos con tiempo para ganar la batalla.

Pilpatoe, ménos guerrero que Teutila, se atemorizó.

Por de pronto convinieron en que debían sitiarse por hambre á sus temibles huéspedes.

Dieron, pues, orden á unos indios para que se separasen de los españoles, y los demas, al ver la salida de sus hermanos hicieron otro tanto, razon por la cual quedaron Hernan Cortés y los suyos completamente abandonados.

No bastaba esto.

Inmediatamente tomó Teutila las precauciones necesarias para no ser sorprendido por los extranjeros, concentró sus fuerzas y envió correos á Moctezuma para notificarle que las hostilidades se habían roto, que los españoles se obstinaban en seguir adelante, y que no siéndole posible contenerlos, debía enviarle instruccion y reunir ejércitos para contrarrestar el empuje de los españoles.

Tenian muy bien organizado los mexicanos el espionaje.

Habia entre ellos hombres dotados de una inteligencia superior para fingir idiotismo, y al mismo tiempo que lo fingian, observar minuciosamente à las personas à quienes tenian que espiar.

Con el fin de averiguar todos los actos de los españoles, acordaron Teutila y Pilpatoe que algunos de los espías vigilasen cautelosamente el cuartel general, y les comunicasen inmediatamente todas las novedades que descubrieran.

Ocultos entre los árboles y los bosques que rodeaban las tiendas de campaña, observaban atentamente aquellos hombres, y en más de una ocasion alarmaron à sus patronos, refiriéndoles lo que veian en el cuartel general.

Los nombramientos que hizo Hernan Cortés de corregidores y demas funcionarios para regularizar la situacion de aquella colonia; la ceremonia que tuvo lugar para resignar el mando, despues de la cual se retiró à su tienda; la convocacion del pueblo y las aclamaciones de que más tarde fué objeto, incomprendibles todas aquellas medidas, todos aquellos actos, para los mexicanos, aumentaron su zozobra y su miedo.

Poco despues supieron Teutila y Pilpatoe la resolucion de Hernan Cortés de trasladarse à Zempoala y Quiabislan.

Aquella resolucion era terrible.

Teutila estaba al frente de un numeroso ejército en las comarcas del imperio para someter à la obediencia del emperador à todos los caciques de aquel territorio, y comprendió perfectamente que si unian sus esfuerzos à los de los españoles, no bastarian todas las tropas que tenia à su disposicion para resistir el primer empuje de tan formidables enemigos.

Inmediatamente enviaron Teutila y Pilpatoe avisos à México de cuanto sucedia, y el emperador, que se irritaba más y más à medida que llegaban à su conocimiento los actos de los extranjeros, se preparó à una lucha tenaz y sangrienta, mandando

por de pronto gente para que castigase à los caciques de las provincias que pactaban alianzas con los extranjeros.

Siguiendo à los españoles en su marcha desde Zempoala à Quiabislan, no tardaremos en asistir à escenas verdaderamente terroríficas, de las cuales supo sacar Hernan Cortés todo el partido necesario à su causa.

No le perdian de vista Teutila y Pilpatoe.

Hernan Cortés, por su parte, casi se habia olvidado de estos enemigos.

Abandonando la capital de Zempoala, muy satisfecho de la llegada del cacique, se dispuso à partir à Quiabislan.

Con gran sorpresa suya, vió en el momento en que se ponía en marcha acudir à sus órdenes cuatrocientos indios, los cuales se mostraron deseosos de conducir los equipajes de los extranjeros, de prestarles toda clase de auxilios.

Marina explicó à Hernan Cortés lo que significaban aquellas oficiosidades, indicándole el nombre que tenian aquellos servidores.

—Estos hombres, le dijo, se llaman en el país *tamenes*.

Su único oficio es caminar cinco ó seis horas al dia con carga encima.

Eran unas acémilas humanas, cuyos auxilios sirvieron de mucho à los españoles para trasladar la artillería y el equipaje que llevaban.

Caminaron, pues, hácia Quiabislan, precedidos de Marina y Hernan Cortés, y el paisaje que fué desarrollándose à su vista no pudo ménos de deslumbrar al caudillo y à los soldados que le acompañaban.

El terreno era fértil.

La naturaleza prodigaba todos sus tesoros al campo.

Los sembrados acusaban el trabajo del hombre.

Los arroyuelos que serpenteaban por las verdes campiñas.

Los frutos que pendian de los árboles.

Los bosques que de trecho en trecho amenizaban la vista, formaban un conjunto de lo más encantador que puede imaginarse.

Aquel espectáculo alegró en extremo á los españoles.

—¿Veis cómo es cierto cuanto os habia dicho, exclamaba Francisco Montejo, gozándose en la satisfaccion de sus camaradas?

¿Veis cómo no he exajerado en mi pintura?

¿Habeis visto en ninguno de los países que hemos recorrido nada más bello, nada más seductor, que estos jardines naturales, que estas frondosas alamedas, que estos murmuradores arroyuelos, que estas flores que crecen abandonadas, y que al mismo tiempo que adornan las praderas con sus colores, embalsaman el aire con sus olorosos perfumes?

La esperanza renació en el corazon de todos aquellos hombres.

Marina, que habia contemplado en la mirada de Hernan Cortés toda la felicidad que sentia su corazon, experimentaba una dicha inefable, esa dicha que tiene el amor verdadero, cuando el objeto amado halla deleite en cuanto ven sus ojos.

Los españoles anduvieron sin sentir todo el dia, y á la caída de la tarde descubrieron, á favor de las luces del crepúsculo, que en aquellas regiones dura mucho, un pequeño grupo de casas, en donde dispuso Hernan Cortés que se detuvieran á pasar la noche para no entrar á deshora en Quiabislan.

A la mañana siguiente, apénas los dorados rayos del alba iluminaron la tierra, se despertaron los españoles ávidos de gozar en la contemplacion de aquel paisaje, y de llegar cuanto ántes al oasis que les prometia la ciudad india descubierta por Francisco de Montejo.

Casi desde el mismo lugar en donde pernoctaron, descubrieron sobre peñascos algunos edificios de piedra, que parecian una muralla.

Algunos de los españoles que habian peleado en las guerras

de los moros, recordaron al verlos los murallones y almenas de las fortalezas árabes.

Empinadas cuestas, interrumpidas á veces por selvas compactas, abrían paso á la ciudad, razon por la cual no llegaron á ella sin trabajo los españoles.

Algo turbó su alegría la ausencia que notaron de los habitantes de la ciudad.

Las primeras casas estaban desiertas.

Continuaron registrando las demás, y no hallaron en ellas ningun habitante.

Al fin llegaron á una gran plaza, donde estaban reunidos los adoratorios, y en ella vieron á unos cuantos indios pobremente ataviados, los cuales, acercándose á Hernan Cortés y á los demás con pebeteros en los que ardian incienso, formando en torno de los guerreros espirales de azulado humo, se mostraron sumisos y reverentes, y respondieron á las preguntas que les hizo Marina manifestando temor y esperanza.

Para tranquilizarlos hizo Cortés que les diesen vidrios azules y verdes, algunas monedas y otras frioleras, que apaciguaron el ánimo de los únicos habitantes de Quiabislan que habian salido á su encuentro.

—¿Por qué han huído todos? preguntó Hernan Cortés.

¿Por qué no sale vuestro cacique á recibirme?

¿Por qué no me espera?

¿Acaso teme?

—Señor, dijo uno de los indios, nuestro cacique se ha retirado, porque no ha querido ni defender su territorio de vuestra presencia, ni aventurarse á permanecer entre gente armada á quien no conoce.

Aconsejó, sin embargo, á todos sus vasallos que permaneciesen en la ciudad.

Pero creyendo que el cacique huía de un peligro, la han aban-

donado todos, y sólo nosotros, que custodiamos los territorios hemos quedado aquí para recibirlos y ser vuestros esclavos.

—¿Y hay por ventura motivo alguno para obrar de este modo? preguntó Hernan Cortés.

—Perdonadnos, señor, y perdonadlos. Pronto sabrán vuestras bondades, pronto sabrán que no venís á despojarnos de nuestras casas, á esclavizarnos más y más, y acudirán ansiosos de ser vuestros servidores de grado, los que por nada del mundo hubieran querido hacerlo de fuerza.

Hernan Cortés les aseguró que su objeto al ir allí era entablar relaciones amistosas con su cacique, y les encargó que fuesen á avisarle su llegada y el deseo que tenia de verle.

Al mismo tiempo dió órdenes terminantes á los soldados para que no molestasen en lo más mínimo á los indios, ni entrasen en sus viviendas, ni se apoderasen de los objetos que habia.

Esto tranquilizó á todos.

Al dia siguiente se fueron acercando á sus hogares.

Observaron primero á los españoles con curiosidad y luego con confianza y cariño.

El cacique de Quiabislan no habia ido léjos.

Por opuesto camino se habia dirigido á Zempoala para preguntar al cacique su amigo la conducta que debia observar.

Suplicó despues á éste que fuese con él á Quiabislan para que excusase su fuga á los ojos del jefe de los españoles, y le sirviese de protector y padrino.

Con gran satisfaccion vió Hernan Cortés entrar, á cosa del medio dia, en la ciudad, acompañados de muchos indios, y en preciosas andas, á los dos caciques.

Los recibió con las mayores muestras de cortesía, y no tardaron, apénas estuvieron los tres reunidos con Marina, en confiarle los caciques indios los motivos de queja que tenian de Moctezuma, y de asegurarles Hernan Cortés su propósito de defenderlos y ampararlos.

CAPITULO LIV.

Los cobradores de tributos.



ASTIMA daba ver á los pobres caciques quejarse de las tropelías que cometia con ellos Moctezuma.

—¡Ah! exclamaba el cacique de Quiabislan, hombre de buen carácter, de buenos sentimientos. ¡Cuánto hemos sufrido desde que Moctezuma es emperador! Antes nos molestaban sus emisarios, nos exigian tributos; pero podian pagarse. Hoy horrorizan las exigencias que tiene con nosotros.

—Todo cuanto pudiéramos deciros, añadió el cacique de Zempoala, seria un pálido reflejo de lo que pasa en realidad.

Sus crueldades son inauditas.

—Su mayor goce es hacer esclavos suyos en México á los vallos más distinguidos de nuestras provincias.

—Es tan soberbio, tan feroz se muestra, que despues de empobrecernos con los tributos que nos exige, se goza en nuestras calamidades.

—Y no contento con querer disponer de nuestra fortuna, de los productos del trabajo de todos nosotros, se cree dueño y señor de nuestra vida, de nuestra honra.

A lo mejor envía emisarios para apoderarse de nuestras hijas, de nuestras esposas.

Se las lleva á México, y despues de deshonrarlas, las inmola como víctimas propiciatorias para aplacar la ira de los dioses.

—Calmad vuestro dolor, dijo Hernan Cortés á los caciques. No en vano la Providencia nos ha enviado aquí para defenderos. Yo os aseguro que ese tirano dejará de imponeros tan dura